

# Maravall y el estudio de la picaresca

**S**obre el tema que nos ha sido asignado para esta volumen-homenaje tuvimos ocasión de reflexionar con cierto detenimiento durante la primera visita que don José Antonio Maravall hiciera a la Universidad de Minnesota, donde fue honrado con la prestigiosa cátedra Hill Professorship. En un curso intensivo dictado en la primavera de 1979 y en otras incursiones sobre el tema de la picaresca en las páginas de *Cuadernos Hispanoamericanos* y en la revista *Ideologies and Literature*, Maravall esbozó lo que vendría a ser su gran libro, *La picaresca desde la historia social*.

En las páginas que siguen intentaremos resumir la tesis de Maravall sobre la picaresca y repasar los presupuestos teóricos y metodológicos que la iluminan, con el fin de llegar a una evaluación del impacto que ha tenido y sigue teniendo este gran historiador social de las mentalidades en ciertas áreas de las ciencias humanas; y entre ellas, los estudios literarios que pretenden aproximarse a uno de los grandes temas de la cultura del barroco —la picaresca— con un sólido posicionamiento histórico.

En la primera parte de su último estudio, Maravall argumenta que el comienzo de la edad moderna testimonia un cambio en la visión social y moral de la pobreza. En oposición a la tradicional y positiva imagen de la pobreza y a la aceptación, por parte del pobre, del rol social al cual había sido relegado por la sociedad, emerge entonces un resentimiento creciente e insubordinado hacia esa misma sociedad, en tanto el pobre se hace más consciente de su significado social (*La picaresca desde la historia social* 68-75). En términos generales, el pícaro cabe dentro de esta caracterización en cuanto rehusa ser cooptado por un sistema cerrado y estático y da la espalda al rol que se le había asignado dentro de la sociedad tradicional. Así, rechaza el trabajo manual e intenta «medrar» mediante un comportamiento «desviado» (80). Para Maravall, el drama existencial del pícaro consiste precisamente en no ser capaz de satisfacer sus «ansias de alcanzar riquezas» (103); se debe a su incapacidad de alcanzar el «medro», es decir un tipo de vida que supone «la completa instalación en el conjunto social». En último término, esa imposibilidad de acceso a los privilegios es lo que lo lleva a «una posición de anomia y desviación» frente a la sociedad (105). En este sentido, el pícaro sería un «desvinculado».

Las preocupaciones de Maravall se trasladan, luego, a los objetivos principales de la literatura picaresca: llamar la atención hacia las privaciones de los pobres y, simultáneamente, advertir que la polarización entre ricos y pobres puede no solamente amenazar sino, incluso, descomponer el tejido social al producir una excrecencia cancerosa en forma de pícaros (158). Dentro de este esquema interpretativo, la picaresca se halla, pues, relacionada con la crisis del trabajo; con los problemas que afectan el empleo, el desempleo, el subempleo y el vagabundaje. En este sentido, el pícaro no se ve a sí mismo como trabajador, y si rechaza cualquier tipo de dependencia salarial, es porque el trabajo manual excluye la posibilidad de «medro» (214-215). En última instancia, rechaza el trabajo y el servicio y opta por la anomia (o ausencia de norma), el vagabundaje y la libertad (215, n. 60). La imagen del pícaro en la literatura del barroco es la de «discrepante activo»; la de una figura desintegradora que afirma una nueva voluntad social (244); un figura cuya risa —a diferencia de la figura integrada del gracioso de la *comedia*— emana de una soledad radical (240).

La interpretación de Maravall sobre la picaresca se centra en la «desvinculación social» del pícaro. Esa desvinculación se manifiesta en su ruptura con los lazos sociales tradicionales (lugar de origen, comunidad política, Iglesia y familia) y resulta estar íntimamente conectada con su individualismo, su soledad y libertad; y su aspiración social de «medro» como fenómeno social. En último término, «el pícaro lo que pretende es vivir no ya lo mejor posible, sino todo lo bien que corresponda a los individuos de los grupos distinguidos, y lo que persigue sobre todo alcanzar... es un status social... el cual le facilite y aun le garantice, en mayor o menor plazo, ese modo de vida al que va unida la entrega a la ociosidad». Es precisamente este motivo el que coloca a Maravall en una línea de interpretación histórica muy distinta a la representada por el «américo-castrismo» (ver 536; 602), pues «ese nivel (medro) que pretende (el pícaro), se llama para él y para la época *honra*, y honra, en el régimen social del siglo XVII, comprende bienes pecuniarios en holgada abundancia, sangre, formas de vida ociosa, prestigio, rango, capacidad para merecer mejores distinciones» (420). Lo que cuenta para el pícaro son los signos externos del honor, esto es, la «social estimación visible» (536). Maravall, el historiador de las mentalidades argumenta (ver *Honor, poder y élites...* para una discusión completa de este asunto) que un modo de vida fundamentado en el honor es común no sólo a España sino también a las otras sociedades estamentales de Europa Occidental. Así, rechazando la importancia absoluta que Américo Castro (y aquellos que siguen esta interpretación de la historia de España) da a los estatutos de limpieza de sangre, Maravall enfatiza que el honor no se puede desconectar de la «riqueza». Sobre este punto, Maravall también discrepa de otro distinguido hispanista, Marcel Bataillon («no se puede decir que el pícaro no cometa estafas de dinero, sino de honra» 536) argumentando que el pícaro tiene plena conciencia de la relación entre honor y riqueza; de la dependencia práctica entre ésta y aquél: «no hay ningún pícaro, que yo recuerde, que se reduzca en su pretensión a ser hidalgo sin ser rico.» (536).

El entendimiento de la picaresca como índice cultural con el cual es posible reconstruir la dicotomía *ricos-pobres*, sobre la que descansa uno de los vértices de la crisis del barroco, se engarza a su vez con más amplias problemáticas que han sido tema constante

del trabajo de Maravall. La primera de estas cuestiones es la de la propia dinámica de la construcción del Estado en los primeros siglos de la modernidad española. No olvidando nunca que la perspectiva desde la que opera Maravall es la surgida desde la indagación e interpretación del *tejido mental* de la época en su conjunto y de sus individuos en particular, la temática del Estado moderno en España se vincula a las mismas nociones de transformación, cambio, dinámica, desarrollo, evolución y progreso, las cuales con sus múltiples derivaciones en los distintos ámbitos de la investigación social e histórica están condicionando el tratamiento de las relaciones entre *naturaleza e historia*.

En la segunda edición de su importante obra *Antiguos y Modernos* y con prólogo de 1986, Maravall confiesa que, aun manteniendo en lo sustancial las proposiciones enunciadas veinte años antes, su posición ha variado ligera pero significativamente en cuanto a la valoración que de la idea de progreso llevara a cabo entonces. La puesta en cuestión desde los años setenta de la concepción lineal («mitificante») que de tal idea había desarrollado el pensamiento occidental desde el Renacimiento, debe servir, según Maravall, como acicate a la reconsideración de cómo perseguir e interpretar los cambios sociales y culturales, en el sentido de eliminar el prejuicio de «mejora» implícito en el concepto de transformación. Sería ésta una puesta en cuestión, no para el abandono de la idea de «progreso» sino para la búsqueda de sus expresiones en la ampliación y problematización del objeto de estudio, esto es, del tejido mental de una época. Tal ampliación y problematización es la llevada a cabo en *La picaresca desde la historia social*. En esta obra se aglutinan los presupuestos extensamente desarrollados por Maravall en anteriores investigaciones, pero aquí son introducidos en un marco visual que sirve como de contraste desafiante: el proceso de la modernidad y de la construcción del Estado desde su latente y, en muchos casos patente, situación de recesión y desmoronamiento.

La picaresca ha sido objeto de estudios de gran calidad entre los hispanistas (españoles y extranjeros) que en los últimos años se han dedicado a ella. Claudio Guillén recordaba con razón recientemente (*El primer siglo de Oro*, 67) que *El Lazarillo* ha sido objeto de estudios de «excepcional valía». Pero lo mismo podría decirse del *Buscón* (piénsese en los estudios de Cros) del *Guzmán de Alfarache* (Cavillac y otros) y de alguna otra novela que tradicionalmente las historias literarias y los cursos de literatura en nuestras universidades han clasificado como obras canónicas picarescas. En cuanto a una sustancial aproximación global al tema de la picaresca en las últimas dos décadas, los estudios han oscilado entre los que parten de un sólido posicionamiento formalista (piénsese en los trabajos de F. Rico sobre el «punto de vista» y las estupendas páginas de F. Lázaro sobre la morfología de la picaresca) y los de talla sociohistórica como los que se han llevado a cabo (a veces de modo magistral) en los trabajos de A. Castro, M. Bataillon, A. A. Parker, y tantos otros de corte marxista, entre ellos Alberto del Monte, M. Molho y E. Tierno Galván.

El trabajo de Maravall se distingue por su aproximación interdisciplinaria, lo que le lleva a analizar las manifestaciones propiamente literarias dentro de un conjunto más amplio de expresiones culturales, siguiendo su entendimiento del *tejido mental* de una época, según el cual todas las unidades de ese conjunto se encuentran en mutua relación,